DICASTERIO PARA EL SERVICIO DEL
DESARROLLO HUMANO INTEGRAL

Mensaje de la Rvda. Sor Alessandra Smerilli, F.M.A.
Prefecto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral
con ocasión del Día Mundial de la Pesca 2026

21 de noviembre

«Vengan a comer» (Jn 21,12)

Queridas hermanas y hermanos:

El año pasado, en la Jornada Mundial de la Pesca, reflexionamos sobre las palabras de Pedro a Jesús: «¡Maestro, hemos trabajado la noche entera y no hemos sacado nada, pero si tú lo dices, echaré las redes!» (*Lc* 5,5). Este año, el Evangelio nos lleva a otra noche de redes vacías. Los discípulos trabajaron hasta el amanecer y no habían pescado nada. Cansados, tal vez desanimados, se dirigieron hacia la tierra firme, y allí, en la orilla, los esperaba el Señor resucitado. No les preguntó qué habían pescado. Ya había encendido un fuego y preparado pan y pescado (cf. *Jn* 21,3-9). Sus palabras fueron simplemente: «Vengan a comer» (v. 12).

Este episodio nos recuerda que la preocupación de Cristo se extiende a las circunstancias concretas de quienes trabajan en el mar, a sus condiciones de vida y de trabajo, y al bienestar de sus familias. Antes de encomendarle una misión a Pedro, Jesús lo acoge, lo alimenta y restablece la comunión con él. La Iglesia está igualmente llamada a mostrar su preocupación por los trabajadores, incluidos los pescadores y sus familias.

A través de las diversas realidades de la pesca – desde buques industriales y pequeñas embarcaciones de madera hasta puertos ajetreados, costas tranquilas, lagos y ríos, y entre las tripulaciones locales y los trabajadores migrantes– surgen tres llamamientos de atención con especial urgencia: ver a la persona, proteger la vida y permanecer cerca.

Ver a la persona: detrás de cada pescado que llega a un mercado o a la mesa de una familia, hay un ser humano. Los pescadores no son simplemente mano de obra en una cadena de suministro, cifras en un informe o costos en un cálculo comercial. Son mujeres y hombres con nombres e historias, con dones, temores y esperanzas. Su dignidad, como don de Dios inherente a cada persona humana, debe ser reconocida y respetada, independientemente del valor económico de su trabajo, del pabellón del barco en el que prestan servicio, o de su nacionalidad y situación legal. Su Santidad el Papa León XIV nos recuerda que «la dignidad fundamental de cada persona no se adquiere, no debe ganarse ni necesita ser demostrada» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 53). Sin embargo, quienes están lejos de la costa suelen estar lejos de la atención pública.

Ver al pescador es también ver y reconocer las vidas y el trabajo de otras personas estrechamente relacionadas con él. Esto incluye el trabajo de las mujeres – muy pocas veces reconocido– que procesan y venden el fruto de la pesca, remiendan las redes, llevan las cuentas y mantienen unidas a las familias. Significa recordar a las familias que cargan con el peso de cada partida. También significa escuchar a los jóvenes que no están

seguros de si el mar aún les ofrece un futuro y a los pescadores migrantes cuyo idioma o situación legal les impide pedir ayuda.

El segundo llamamiento es a *proteger la vida*. El fuego que Jesús encendió en la orilla fue un gesto concreto de cuidado, y nos llama a proteger la vida de los pescadores, defender su dignidad y garantizar condiciones laborales dignas. Esto implica embarcaciones seguras, capacitación y descanso adecuados, salarios y contratos justos, y protección contra la explotación y el abuso. Las normas internacionales, incluido el Convenio sobre el trabajo en la pesca de 2007 (N.º 188) de la Organización Internacional del Trabajo, son esenciales para garantizar que estas protecciones se hagan realidad.

El cuidado del mar no puede separarse del cuidado de quienes se ganan la vida gracias a él. La contaminación, la disminución de las poblaciones de peces y el cambio climático están ejerciendo una presión cada vez mayor tanto sobre los ecosistemas marinos como sobre las comunidades pesqueras. A medida que las poblaciones de peces se desplazan y las capturas se vuelven menos predecibles, muchos pescadores enfrentan costos más altos y mayores riesgos. Por lo tanto, la pesca sostenible debe proteger tanto el medio ambiente marino como los medios de vida de las comunidades pesqueras, reconociendo a los pescadores de pequeña escala como socios cuyos conocimientos son esenciales para este esfuerzo.

En este día, recordamos y rezamos por quienes han fallecido o desaparecido en el mar, por los heridos, detenidos, explotados o abandonados, y por las familias que aún esperan noticias. Que nuestro recuerdo no solo esté marcado por el dolor, sino también por un compromiso con la prevención, la justicia y el acompañamiento fiel.

El tercer llamamiento es a *permanecer cerca*. La Iglesia está llamada a acompañar a los pescadores en cada etapa, desde el reclutamiento hasta las largas semanas en el mar y el regreso a casa, para que nadie se quede solo cuando termina un contrato o cuando se producen lesiones y traumas. Esta presencia incluye la oración y los sacramentos, y también debe ayudar a las familias a obtener asistencia médica, legal y consular competente. La Iglesia no sustituye a los gobiernos, a los empleadores ni a las organizaciones de pescadores, pero tiene un papel distintivo junto a ellos: hacer evidente el sufrimiento oculto y fomentar un compromiso compartido con la dignidad, los derechos y el bienestar de los pescadores.

En el Puerto de Arguineguín, en Gran Canaria, España, el Papa León XIV dijo que «el Evangelio nos arranca del lugar cómodo del espectador», y que «los discípulos de Jesús no pueden considerar ajeno el clamor de quienes gritan desde la noche» (*Discurso, 11 junio 2026*). El Santo Padre se refería a los migrantes que llegan por mar, pero sus palabras llegan a todas las costas donde se viola la dignidad humana. De hecho, esta vigilancia invita a nuestros ministerios marítimos a convertirse en una presencia confiable para quienes llegan a tierra, una Iglesia que permanece incluso cuando la atención pública ya se ha desviado.

Por ello, invito a las Iglesias locales y a todas las personas de buena voluntad a emprender tres acciones concretas durante el próximo año, una por cada uno de estos llamamientos. Para ver a la persona: escuchar a los pescadores y a sus familias. Para proteger la vida: fortalecer una iniciativa que promueva la seguridad, el trabajo digno o el apoyo a las familias. Para permanecer cerca: construir una alianza confiable para

ayudar a los pescadores en peligro o en situación de emergencia. Las acciones pequeñas, constantes y coordinadas pueden convertirse en refugios de esperanza.

Con sincera gratitud, recuerdo a los capellanes, voluntarios y agentes pastorales del Apostolado del Mar, que prestan servicio en las Iglesias locales de todo el mundo. A través de su presencia en los puertos y las comunidades marítimas, su ayuda a los pescadores y sus familias, y su apoyo en momentos de dificultad, dan expresión concreta a la preocupación pastoral de la Iglesia. Asimismo, expreso mi gratitud a las organizaciones de pescadores y a los socios que se dedican al bienestar marítimo.

«Vengan a comer». Estas palabras de Jesús, hoy se dirigen tanto a quienes regresan con las redes llenas como a quienes regresan con las manos vacías; a quienes pescan cerca de casa y a quienes cruzan océanos y fronteras; a quienes ven recompensado su trabajo y a quienes pasan desapercibidos. Hay un lugar para todos alrededor del fuego de Cristo. A nadie se le juzga por lo que produce; a cada uno se le acoge como a un hermano o una hermana.

Que esta Jornada Mundial de la Pesca renueve nuestra gratitud hacia todos aquellos que nos traen alimento de las aguas y sostienen a las comunidades costeras y del interior. María, Estrella de la Mañana en cada tormenta, cuida de quienes se adentran en las aguas y de quienes esperan su regreso. María, Estrella del Mar, guíanos a todos hacia la orilla donde Cristo resucitado nos ha preparado un lugar, donde se restaura la esperanza y donde aprendemos, por fin, a cuidarnos unos a otros.

Sor Alessandra Smerilli, F.M.A.
Prefecto
Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral